

tituyen una garantía de goce estético como García Márquez, Rojas Herazo, Cepeda Samudio, Germán Espinosa, Roberto Burgos, Fanny Buitrago, Julio Olaciregui, Leopoldo Berdella, José Luis Garcés, Roberto Montes, Antonio Mora, Guillermo Tedio, Pedro Badrán, Guillermo Henríquez, Nelson Castillo, Soad Luis, Joaquín Mattos, Rafael Darío Jiménez, John Junielles, y descubrir, no sólo una serie de nuevos nombres de autores dotados para el arte de narrar como Víctor Menco, Orlando Araújo, Paul Brito, Carmen Victoria Muñoz, Juan Vicente Medina, Adolfo Ariza, sino, así mismo, excelentes muestras del género, para mí de los mejores del libro, por parte de escritores que hasta ahora habían incursionado en otros géneros, como Claudine Bancelin en la novela o Rómulo Bustos, en el poema.

Mis felicitaciones a la Universidad de Córdoba y a su Fondo Editorial por haber hecho posible este trabajo fundamental y fundador.

ARIEL CASTILLO MIER

El melodrama como fuente

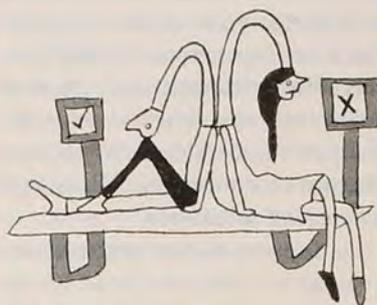
Bogotá 39 Antología de cuento latinoamericano

Varios autores

Ediciones B, Bogotá, 2007, 413 págs.

Al comenzar por el inicio, es decir, por los autores, podría afirmar que el modelo de escritor autodidacta se halla en decadencia, si es que no se ha extinguido. Si aun los autores del *boom* (Cortázar, García Márquez, Borges, Rulfo, por ejemplo) se caracterizaron e incluso se jactaron de burlar o evadir los predios de la Universidad, la mayoría de los escritores que integran el volumen en referencia han obtenido un título académico, gran parte de ellos en letras, e incluso sobreviven o han

sobrevivido gracias a los servicios que prestan como docentes en prestigiosas instituciones de educación superior.

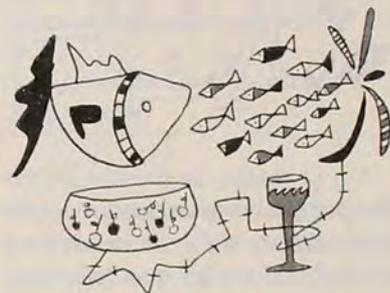


Tal vez esta condición explica lo que podríamos llamar su profesionalismo o, mejor dicho, su dominio del oficio y su desconfianza hacia las formas típicas del relato. Lo primero se evidencia en la rigurosa austeridad de los textos; lo segundo, en el predominio del relato realista, cercano incluso a las formas del periodismo. Las imágenes y la imaginación brillan más bien por su ausencia en estos trabajos. No, desde luego, la imaginación en sí, necesaria hasta para concebir el texto más verídico u objetivo, sino la gran imaginación, la que concierne al vasto terreno de lo fantástico.

Quizá esto último se deba precisamente al escarmiento del *boom*, ante cuya abrumadora creatividad y libertad quizá no quede más que refugiarse en los temas más elementales y aun triviales, lo que significaría que el síndrome de Macondo aún ronda en el ambiente, a pesar de la negativa explícita de Guido Tamayo, editor del volumen, en el prólogo del mismo. Y lo que es peor, ronda precisamente por negación o, más bien, por evasión, que es la peor forma de la ceguera, aquella que el Maestro de maestros condenara con mayor rigurosidad.

Apenas tres de los cuentos seleccionados se pueden ubicar de lleno en esta categoría, uno de los cuales se sustenta en el andamiaje de la ciencia-ficción, “El efecto Smellville”, del mexicano Fabrizio Mejía Madrid. De los dos restantes, uno participa de manera tangencial de

este último rasgo, “El gato de Schrödinger”, del también mexicano Jorge Volpi, que hace las veces de conejillo de Indias a pesar de ser narrado por el reconocido felino doméstico. Una especie de gato por liebre, en el sentido de que la peculiaridad del narrador lo definiría más como absolutamente fantástico, sin la atenuante de la ciencia. Pero sólo “Durante”, cuento de la brasilera Verónica Stigger, se mueve con total libertad en el mundo de lo extraordinario, relativo en este caso a un personaje que en su 35 aniversario es sorprendido por un hombrecillo que le canta el feliz cumpleaños a lo largo del día, hombrecillo a quien se suman año tras año personajes de toda laya hasta constituir, a los cincuenta, una multitud que luego empieza a menguar. Uno de los pocos cuentos kafkianos del volumen.



También “El doble”, del colombiano Juan Gabriel Vásquez; “1945” del mexicano Álvaro Enrígue y “El Circo Manson”, del también colombiano Antonio Ungar, toca en forma parcial el elemento fantástico, pero ubicándose en un contexto realista y reconocible, como lo es la ciudad de Bogotá en el caso del cuento de Vásquez, cuando no se convierten en alegorías de la violencia (Enrígue) o en caricaturas de la incomunicabilidad amorosa entre hombres y mujeres típica de los tiempos que corren (Ungar).

Por este último camino, el relato de Ungar se encuentra prácticamente con todos los demás. Sin duda, este es el gran tema, si le buscamos un hilo conductor o cohesionador al volumen: las críticas relaciones de pareja, y junto a ellas, los hijos sin pa-

dre o sin madre, o sin ninguno. No pocas veces se conjugan incluso ambos, por ejemplo, en "Boca de tormenta", de la uruguaya Claudia Amengual, en el que el protagonista se debate entre la angustia por la demora del autobús que trae a su hijo de regreso de un viaje y las recriminaciones de su ex esposa por permitirle al muchacho una salida que, de haber dependido sólo de ella, nunca hubiera admitido.



Otros textos con este tema son: "Ausencia", del peruano Daniel Alarcón, uno de los más fluidos y sugestivos; "Bonsái", de la mexicana Guadalupe Nettel y "Diagonal", de Ricardo Silva. Algo, sin embargo, tienen todas estas historias de melodramático, acaso porque el tema amoroso y familiar es la condición básica del melodrama o porque, también, el melodrama ha sido la fuente común en que estos autores menores de cuarenta años han bebido desde su infancia. Melodramático es incluso el efecto de los relatos en que a esas relaciones de amor problemáticas se añade el asunto de la homosexualidad. Por ejemplo, en "La estrategia", de la cubana Karla Suárez y en "Fantasía", del chileno Alejandro Zambra.

Como melodramas, las historias suelen ocurrir en un tiempo presente y poco movido, a pesar de que los viajes o situaciones tan vívidas como

el paso de un huracán ganen el espacio de dos o tres historias. Pero aún en esos casos la experiencia se vive desde la intimidad de un personaje intrascendente. Eso sí, el fantasma del colonialismo merodea aún, no obstante la pretenciosa presencia de la globalización sin fronteras. Al respecto, no falta el relato del ario civilizado que se pierde en la selva tropical, tema del muy indicativo cuento "Mucho macho", del guatemalteco Eduardo Halfon.

La presencia femenina es importante, pero aún no se da de manera equilibrada. Así, en *B39*, hay textos escritos por once mujeres. Sus temas: aparte de los ya indicados, el sexo, la búsqueda de la emancipación, la maternidad, con las debidas excepciones.

Narrativamente hablando, una gran cantidad de los cuentos están escritos en primera persona (más de dos terceras partes). Interesante situación que pone de presente la relatividad de la época con respecto al pensamiento, las costumbres, la moral, la política, la misma literatura, sobre la cual poco se discute propiamente.

A pesar de todo, se reconocen las maneras de los formatos típicos del género, algunos con sorpresa incluida, como el ya citado de Karla Suárez, en el cual la esmerada estrategia del personaje para conseguir el amor de su vida termina en la clásica salida del burlador burlado. Algo similar ocurre en el cuento de Pilar Quintana, "Violación", acaso más audaz y provocador, con la variante de que no engaña a un personaje sino al lector, al revelarle de improviso el talante taimado de una Lolita a quien creíamos víctima ingenua.

Buenos narradores indiscutiblemente, conocedores del oficio y con logros rotundos y peculiares: "Bobby", de Antonio García, otro de los colombianos incluidos (con Junieles termino de nombrarlos, que, a propósito, constituyen la mayor delegación, ¿calidad o localidad?), los ya citados "Bonsái", "Durante", "Ausencia", algún otro par. No obstante, para mi gusto, demasiado cuida-

dos, demasiado celosos de no caer en la literatura. Aunque, de manera paradójica terminan, en general, absorbidos por esa forma caricaturesca de ella: el melodrama.

ANTONIO SILVERA
ARENAS

“¿Qué significan los muertos para nosotros en el prodigio del mundo?”

Novelas del poder y de la infamia

Germán Espinosa

Alfaguara, Bogotá, 2006, 545 págs.

Imagino que Germán Espinosa hubiese prolongado con gusto una tarde de marzo de 2004. Esa tarde, en un café, unos jóvenes le brindaban *whisky* y lo invitaban con preguntas a referir la leyenda del escritor que le encantaba ser. En compañía de R. H. Moreno-Durán rememoraba los días en que se había iniciado como novelista, las lecturas que le habían servido de modelo y el ámbito caribeño y universal al que aspiraban sus propias páginas (Pineda Buitrago). Para entonces, se habían sucedido varias ediciones de su novela emblemática, *La tejedora de coronas*, y su obra dispersa era recogida en volúmenes respetables que aparecían cada cierto tiempo: *Obra poética* (1995), *Cuentos completos* (1998, 2004), *Ensayos completos* (2000) y, luego, *Novelas bogotanas* (2005) y *Novelas del poder y de la infamia* (2006)¹. Ya desde hacía algunos años era objeto de homenajes y estudios académicos; se dictaban conferencias sobre su obra y sobre ella se escribían meticulosas tesis de maestría y doctorado (a dos de sus "exégetas" dedica el ensayo "La aventura del lenguaje"). Todo, incluyendo aquella tarde de *whisky*, parecía indicar que Espinosa se complacía en su carrera de escritor, en el monumen-